

*IN MEMORIAM*

**P. PEDRO DESSEIN, OSB**

En la cumbre de sus 87 años vimos alejarse de nosotros el 26 de noviembre de 1975 al P. Pedro Dessein, como una paloma mensajera que se apronta a posarse dulcemente en las playas de la eternidad, al finalizar su prolongada travesía, por aires no siempre tranquilos que pusieron a prueba su constancia y el vigor de sus alas.

El P. Pedro nació el 17 de julio de 1888 en Urdax, pueblecito de Navarra, de unos padres agradecidos por Dios con una fe inquebrantable que les exigía una donación a Dios a “lo navarro”. Un humilde misionero de Belloc descubrió la joya en una de sus giras apostólicas y le propuso la vida monástica. Adolescente aún aceptó el llamado de Dios y se dirigió a la comunidad de Belloc. Sus primeros años de ensayo de vida monástica los realizó junto a unos monjes que vivían en el exilio. Expulsados de Francia por leyes sectarias, habían buscado en España un nido provisorio mientras esperaban la hora del gran retorno a su abadía de Belloc. Navarra y Guipúzcoa, en sus dos pueblecitos de Idiazábal y Lazcano, los recibieron con los brazos abiertos. El P. Pedro guardó un recuerdo imborrable de la bondad de aquella gente sencilla que los ayudó con generosidad. Pronto un mal pulmonar incipiente hizo temer por la salud del candidato. Los superiores pensaron en destinarlo a Niño Dios, recién fundado. Aquel sol radiante de las Américas, ¿no poseía acaso mágicos efectos curativos? Así lo afirmó sin vacilación, en su famosa campaña, el P. Fermín Hospital. Y aquí llegó el futuro P. Pedro junto con el futuro P. Agustín Galzagorry.

En Niño Dios ambos fueron confiados a los cuidados del P. Felipe Ardans. ¡Qué contraste psicológico entre el maestro y sus dos novicios! El P. Felipe, sencillo, cándido, “nunca pensé mal de ningún argentino ni lo creí capaz de mal alguno”, solía repetir, pues “nadie le había faltado al respeto en la Argentina”... y sus pupilos, avispados, pícaros y al fin, dueños del maestro. En todas las clases venía ritualmente la ponderación “Uds. son muy buenos”. El P. Pedro solía reconocer que no les decía tanto lo que eran sino lo que debían ser. ¡Y prendió la lección! También en todas las clases el maestro reconocía los problemas insolubles que le suscitaban ciertos textos de la Regla. Los novicios, cuando empezaban a sentirse cansados, apelaban a una treta infalible que actuaba como “dígitopuntura de excitación”: “P. Felipe, ¿se acuerda de aquel canto vasco tan lindo?”. Y sin tardanza el maestro entonaba con voz potente de cantor de las agrestes rocas pirenaicas el “O Jesús gurutzera” o el Gloria de la Misa de Dumont. Y los discípulos, sentados a la sombra de algún paraíso, única aula de la época, se levantaban, precediendo al maestro como los acólitos al pontífice en una misa solemne, y terminaba la clase con sus ponderaciones y sobre todo con la lista de problemas que la Regla planteaba al maestro y que, por el momento, no inquietaban la conciencia de los dos novicios.

Terminado el noviciado, el Hno. Pedro tuvo que alternar sus estudios filosóficos y teológicos con tareas docentes. Joven, profundo, recto, dotado de una inteligencia sobresaliente - “terriblemente inteligente” como observaba el P. Saubaber, impresionado por ciertas reflexiones del joven profeso prendido a su vocación como las ramas de los robles navarros a su tronco- fue declarado apto para todo servicio. Hasta pensaron en él como en un posible profesor de música. El profesor Ezequiel Ochoa le dio clases especiales, pero pese a sus dotes promisorias debió abandonar la carrera porque su sistema nervioso se resintió un tanto. No fueron inútiles sin embargo estas nociones de música, que utilizó hasta el final de su vida para adaptar letras y cantos a variadas circunstancias. Y aún hoy se oyen muchos de ellos en más de una capilla de campo, parroquia o colegio.

Con esta actividad prematura se resintieron los estudios filosóficos y teológicos del monje. “Prácticamente no cursé ni filosofía ni teología”, lamentaba más tarde. En cambio, su formación se realizó en la fragua de la vida. No fueron expuestos los principios en forma sistemática, pero sí vividos al servicio de la juventud, en tareas que le confiaban los superiores. Dios, a través de su donación constante en el “terrible cotidiano” (Pío XI) moldeó su alma a imagen de Cristo Redentor y preparó los raids del futuro director de almas.

La ordenación sacerdotal no cambió el ritmo de su vida. Su primera intervención en el campo misional fue aleccionadora. Confiaron al joven sacerdote un panegírico en la Capilla de La Laguna. El sermón fue minuciosamente preparado y aprendido de memoria conforme a los cánones de la época. Redacción clara, precisa, densa de doctrina, pero fría como teorema de geometría. “Salimos como el negro del sermón: con los pies fríos y la cabeza caliente), exclamó alguien. No era ni la hora ni el género de apostolado del P. Pedro., Siguió ayudando en las capillas, pero como confesor y como organista en las misas cantadas, tan del gusto de la época.

El colegio comercial con sus alumnos internos fue por entonces el principal escenario de la actividad del P. Pedro. Encargado de los pupilos en patios, aulas y dormitorios cumplió sus funciones con extrema delicadeza. Sus alumnos lo recuerdan como un buen compañero, identificado con sus afanes, siempre dispuesto a prestar favores. Fue proverbial su ojo de radar que parecía detectar los planes de una juventud pródiga en ocurrencias. Era toda una hazaña escapar a la mirada del P. Pedro.

Como profesor atendió sobre todo las materias de matemáticas, contabilidad y teneduría de libros. Este último ramo fue su especialidad, tanto que era considerado por muchos como el “mejor contador de Entre Ríos”. No era raro que en vacaciones contadores de Banco vinieran a consultar al P. Pedro y a aclarar junto al antiguo profesor las novedades del ramo. Sus clases eran las de un maestro. Dominaba la materia, sin embargo, siempre preparaba sus clases. Su estirpe moral no le toleraba ni improvisaciones ni vaguedad de ideas y soluciones. Siempre y en todo fue “torturado por la sed de claridad”. Matizaba sus explicaciones didácticas, sobrias en palabras, con bromas chispeantes y alusiones personales que mantenían vivo el interés. Tuvo debilidad por el alumno, no de ingenio brillante, pero empeñoso. Repetía con paciencia y respondía a las preguntas, y si fuere menester, completaba las explicaciones fuera del aula en los recreos o en los tiempos libres. En cambio sintió una alergia instintiva al llamado “tipo compadrón”, quien, no pudiendo lucirse por su inteligencia o sus conocimientos, ambicionaba llamar la atención con faltas de disciplina, molestando en clase. Tales alumnos podían esperar una reprimenda a modo de caricatura o sobrenombre, a veces cáustico, que no se olvida y que los compañeros recuerdan en momentos oportunos provocando ya hilaridad general, ya enojos del interesado. Estos golpes lanzados en el ring de la docencia eran a veces antirreglamentarios frente al Evangelio, y allá iba el P. Pedro en busca del alumno para suavizar la pena: “Ahí está X; quedó resentido con una broma que le hice, lo voy a atender”. Edulcorante, después del trago amargo de la medicina. Esta sensibilidad de su alma fue creciendo con el tiempo y en correspondencia con sus “ascensiones del corazón”.

En la vida del P. Pedro constatamos una gran promoción de lo sacerdotal. En la primera etapa de su vida brilló sobre todo el profesor, mientras el apóstol quedaba un tanto oculto. Se especializó en el cumplimiento del deber de estado, dejando las tareas de director de almas a los oficialmente llamados a cumplir con dicha función. Era la teoría de la época. Lamentaba luego no haberse preocupado bastante directamente de la formación espiritual de sus alumnos. Pero llegó el tiempo en que se agigantó el sacerdote, el apóstol, y el director fue invadiendo, animando el área del profesor. Un sacerdote cabal, un apóstol ardiendo en el celo de Dios con una llama cada vez más sensible, que pone a disposición de su carácter sacerdotal cuanto recurso humano le ha deparado generosamente Dios. Y llega a ser el P. Pedro que conocimos, el signo de Dios, el hombre lleno de Dios, que quiere llevarlo a los hombres con su sonrisa, su finura, hasta con su picardía siempre viva, pero cada vez más benigna, su inteligencia lúcida, su

sensibilidad tan exquisita, su estudio centrado en lo divino, su disponibilidad a prestar todo servicio en el confesonario, en el despacho parroquial, a domicilio, junto a todo enfermo, en su abultada correspondencia... en el colectivo o en el tren, con su buena palabra al guarda, su sonrisa al compañero de asiento... en fin, un hijo de Dios y un hermano del prójimo, alguien que cantando la gloria de Dios procura ¡a paz a los hombres que Dios ama..

Este profesor incorporado al sacerdote y al apóstol nos brinda sus lecciones. Espiguemos.

Ha sido *el hombre de Dios*, un hombre piadoso, más aún, que “destilaba piedad”. ¡Cuán íntimas sus relaciones con Dios! Pero no con un Dios lejano, anónimo, sino con ese Dios de que nos habla Baruc. “Alguien que ha sido visto entre los hombres y que ha conversado con ellos”. “Haber visto a Dios con nuestros propios ojos, haberlo tocado con nuestras manos” (san Juan) fue en cierto modo privilegio de los Apóstoles que convivieron en Palestina con Jesús, pero místicamente, todo cristiano debe tener contacto familiar con su Dios tan cercano, tan íntimo, “más íntimo a nosotros que nosotros mismos” como dice san Agustín. El P. Pedro vivió esta doctrina. Lo encandilaba el pensamiento de Jesús, el Emmanuel, Dios con nosotros. Recuerdo que un día de la Anunciación nos encontrábamos juntos ante la imagen de la Virgen de Lourdes, y al terminar su saludo a la Madre observó: “Esta fiesta merece los honores de una misa pontifical, la mayor solemnidad. Dios, el infinito, encerrado en las entrañas de la Virgen, entre nosotros, *‘bien petit’*, pequeñito... cerca, entre nosotros, ahí nomás...”. Sí, siempre consideró a Dios entre los hombres, cerca, comprometido en los destinos, hablando, escuchando, compadeciéndose en una intimidad incomprensible, con delicadezas de bondad insospechadas. Su actitud ante el tabernáculo nos enseñaba a las claras que alguien vivía en el sagrario, que nos esperaba a todos pero en especial a él, al P. Pedro y sus intenciones, al mundo entero en el P. Pedro. Era la relación personal, no ante un símbolo, sino con una Persona, Jesucristo y por Él, con la Trinidad. Refería la impresión que le había causado una reflexión que una confidente de Jesús oyó en el fondo de su alma: “Hija, has entrado en mi casa y te has fijado en puertas, pinturas y flores, pero no te has fijado en *mi*”. Impactó esto hondamente al P. Pedro y se propuso pensar primero en el dueño de casa: Jesús presente en total realidad, como en Belén, como en el cielo. Este “ver a Dios” comprometido con los hombres, pequeño, íntimo, nos da el secreto de por qué el P. Pedro citaba con respeto palabras de almas que “habían oído a Dios”... “como dice tal”... “como dijo Dios a tal”. Al Dios de sus conversaciones le llevaba las intenciones del mundo. La ley de la solidaridad del Cuerpo místico, de la Iglesia era vida en él.

¡Cuánto habrá meditado la reflexión de aquel obrero madrileño en un retiro espiritual: “Padre, yo me confieso porque cuando me confieso se limpia la Iglesia!”.

Esta intimidad la tuvo también con los santos: santa Teresa, santa Teresa del Niño Jesús, sor Isabel de la Trinidad, D. Marmion, etc. “Cuando habla de los santos -decía una ejercitante- da la impresión de que ha charlado con ellos y nos cuenta lo que le han dicho”.

Este contacto tan personal con Dios, ¿no nos brindará también el secreto de su bondad, de su misericordia con las personas? Predicó con ahínco al Dios de misericordia, a ese Padre que espera al hijo pródigo y lo recibe con lágrimas y besos y no con sanciones, al que nunca rechaza a nadie que se le acerque. Tampoco el P. Pedro rechazó a nadie. ¡Cuántas almas atribuladas han hallado la paz en el coloquio con el “buen P. Pedro”! Sufría con las escrupulosas y le resultaba difícil comprender que alguien se acercase al último fin torturado por la desesperanza. “¡Pero si las espera un Dios de misericordia! ¿Por qué tanto miedo?”.

¿Y qué decir de su *amor al culto divino*? Amó la liturgia con toda el alma. En sus diversas tareas -muy absorbentes, como la vigilancia, las clases, los ministerios- se empeñó en asegurar su oficio divino. Se deleitaba en las ceremonias, aunque las muy prolongadas le resultaban penosas pues nunca se repuso de un *surmenage* de juventud. Cuando liberado de vigilancias, dispuso de tiempo, se lanzó al estudio de los salmos. Pero al darse cuenta de que hasta los mismos especialistas confesaban sus dificultades, abandonó ese estudio sistemático, y

sencillamente, con respeto a la palabra de Dios, se unía “a los santos que hoy rezan el mismo oficio. Hoy también debe haber más de un san Ignacio, santa Teresa, etc.... y me uno a ellos”. Le encantaba aquello de santa Gertrudis: ser como las cuerdas de la lira que pulsa el mismo Cristo. Y se unía a Cristo en el Espíritu Santo en unión con sus cohermanos. Algunos aspectos de la liturgia renovada provocaron sus entusiasmos: la lengua vernácula, cantos del pueblo, ceremonias más sencillas, la mayor importancia dada a la palabra de Dios. En los últimos tiempos de su vida se unía cuanto podía al oficio de la comunidad. “¿Qué tal, P. Pedro?” ¡Sabe que está bien! Sencillo, digno, se cumple con amor. “*C’est gentil*”.

*¿Y qué aprender del apóstol?*

Fue un apóstol deseoso de estar al día en sus orientaciones y métodos. Catequesis, Acción Católica, dirección de almas, métodos de predicación de retiros, temas de actualidad eran su constante preocupación. Cuanta novedad sería aparecía en libros y revistas a su alcance encontraban en el P. Pedro un curioso lector. No es que aceptara todo lo nuevo como si por novedoso ya tuviera sello de verdad, pero lo tomaba en consideración y buscaba lo válido en estos ensayos de renovación. Pío XI lanzó su campaña de la Acción Católica, y el P. Pedro quiso ver con claridad: ¡cuántos apuntes y estudio sobre el tema! Fue un pionero de la Acción Católica, entusiasta propulsor del apostolado de los laicos. El año 1939 mostraba a sus alumnos de Acción Católica un título de una revista belga dedicada a los asesores de la J.O.C.: “Es la hora de los laicos”. Mucho antes del Concilio lo oíamos decir con insistencia: “Demos a los laicos las responsabilidades que les confiere el bautismo. Estamos demasiado clericalizados... tratemos a los laicos como adultos...”. Eran estos sus lemas que lanzaba con pasión. Preconizaba ya y realizaba los encuentros entre centros de A. C. de las parroquias vecinas de Nogoyá, Lucas González, Victoria, en forma rotativa. Nunca fue un espíritu inmovilista, por el contrario, en sus buenos tiempos lo hubieran considerado algo “contestatorio” por su afán de renovación, Pero lo que se debe reconocer paladinamente es que como hijo fiel de la Iglesia, devoto del Magisterio eclesiástico, sus afanes renovadores se movieron dentro de la inspiración de la jerarquía. Una alusión especial a su *preocupación por el apostolado Obrero*. Era un admirador de Cardijn, el gran apóstol de los obreros. “Tomemos al obrero tal como es y ayudémosle a que llegue a ser lo que Dios quiere de él”. La formación mediante el Evangelio estudiado, comprendido por el método “Ver, Juzgar, Obrar”, y vivido en los detalles de la vida diaria, sin esperar las grandes ocasiones que pocas veces se presentan, recibió la entusiasta aprobación del P. Pedro. ¿Quién no reconoce que vivió el método en su dirección espiritual?

Llamaba la atención su afán de claridad. En lo posible quería dar pasos seguros. Realizó un intenso esfuerzo incursionando en revistas serias especializadas en la catequesis y revisó con valentía su propio modo de enseñar el catecismo. Ayudó gustoso a quienes lo consultaban al respecto comunicando el fruto de sus concienzudos estudios.

Fue *un apóstol que irradió bondad*. Sus ojos de lince se posaron cada vez menos en lo negativo de las almas y se empeñaron cada vez más en descubrir las cualidades y los dones de Dios en el prójimo. Estigmatizaba el régimen de “no hay que hacer esto”, en lugar de estimular al bien. La virtud alentada invadirá el terreno y disminuirá el mal. Fue creciendo su afán por ayudar en clase a los alumnos más débiles. En el ministerio, las almas necesitadas lo atraían y deseaba ponerse especialmente a su servicio. En cierta ocasión, estando él al frente de una parroquia como vicario sustituto, fui enviado para ayudarlo con motivo de las Primeras Comuniones. Había un grupito que realmente no estaba en condiciones de afrontar el examen más elemental y su inasistencia había sido excesiva. Se imponía una medida dolorosa. “P. Pedro, hagamos dos tandas y demos el tiempo y la oportunidad”. Aceptó la idea. con visible agrado, pero dijo: “¡Los pobres van a quedar ofendidos!”. Y se impuso la tarea de unas clases suplementarias. Estaba un día el catequista con el grupo más atrasado; llega el P. Pedro, liberado de algún compromiso, y reclama el puesto de catequista. “Me voy a ocupar de este grupo pues están atrasados”. Lo más humilde para él. Terminada la primera clase sale jubiloso: “Tienen

dificultades para aprender, pero es una delicia cómo escuchan y se interesan”.

El P. Pedro no fue un tribuno llamado a electrizar multitudes, fue más bien un apóstol de pequeños grupos, el director espiritual que atiende a cada persona con paciencia, a veces, espléndida. El confesionario fue el campo brillante de su actuación sacerdotal. El primer feligrés lo encontraba delante del confesionario, orando ante el Señor a la espera de las almas. En el colegio de Cristo Redentor se dedicó durante años a preparar a las jóvenes a la comunión del primer viernes. Pese a la diferencia generacional, el “viejo misionero” era apreciado por su bondad, su paciencia, su comprensión. “Pese a que sea muy mayor, nos comprende bien. ¡Y es tan bueno!”, decía una chica de quinto año, que esperaba la llegada del P. Pedro.

*La correspondencia* era otro campo de su apostolado. ¿No se ha dicho, acaso, y con verdad, que responder a una carta es el primer punto del apostolado de la buena prensa? Tomaba en serio las cartas que se le dirigían en busca de luz y de aliento. Estudiaba los problemas a conciencia, consultaba si fuere menester y emitía su opinión en ese género epistolar que le era tan propio: fino, con letra menuda, y si fuere necesario, escrito a dos tintas, subrayadas las palabras más importantes, a veces con dos rayas y a dos tintas, y siempre con la ayuda de una regia, cuidando la estética. ¡Siempre el apóstol, hecho para los pequeños grupos, para el contacto personal con las almas!

¿Cómo no recordar su *preocupación por lo social*? Lustros antes del Concilio, el apostolado del P. Pedro fue ribeteado por este ideal: atraer los corazones a Cristo, mostrando la bondad de Cristo; vivir el Evangelio, mostrando la fibra sensible del Corazón de Jesús: “me da compasión esa gente pues se están desmayando de hambre”. La vivencia auténtica del Evangelio da sus frutos en el socorro a los necesitados. Cuando fue capellán del Perpetuo Socorro, barrio de las afueras de Victoria, a la sazón sumamente pobre, ya dibujó los planes de una escuela-hogar, algo así como una escuela de aprendizaje para la vida diaria destinada a adolescentes y jóvenes. Pero la idea cristalizó en la Escuela-Hogar de Lucas González. Esta escuela fue la pupila de sus ojos. A la sombra del campanario, logró tras esfuerzos renovados, venciendo los impactos de una sensibilidad que se irritaba ante las contradicciones, llevándolo al desaliento, levantar un Hogar para la educación e instrucción del personal de servicio y en general de las jóvenes sin recursos. Problema del nombre de la institución: había que desechar todo nombre humillante como el de asilo, etc.; había que abrir las puertas a todas, católicas o protestantes (numerosas en la zona); reglamento amplio, educativo; personería jurídica, fondos... Todo lo superó por amor a Cristo y a sus pobres. “Se pierden si no hacemos nada”, y en las horas de desaliento: “Tengo ganas de largar todo. No comprenden la obra... Pero, ¡pobre gente! Se van a perder... hay que darles algo para que se salven y progresen...”, y volvía a su Hogar. Le prestó su ayuda y su apoyo hasta lo último. Cuando ya el colectivo y el tren habían entrado para él en el terreno de lo imposible, apeló a cohermanos que lo llevaban en auto y lo volvían a la abadía. Amó la obra hasta el fin, “in finem”.

En su apostolado prestó *preferente atención al sector de las religiosas*. Realmente fue su carisma. ¿Cómo lo descubrió? En el entonces Priorato de Niño Dios, el Prior, P. Javier Gélos, era en realidad una autoridad en la dirección espiritual. En su celda se concentraban las diversas consultas, sobre todo de religiosas. En cierta ocasión se presentó al P. Pedro una religiosa con un problema de espiritualidad sin que hubiera tiempo para acudir a la cumbre, al P. Prior. ¡Ojalá hubieran preguntado por un problema de álgebra o de contabilidad! El P. Pedro se encontró un tanto desconcertado. En su vida simple no había pasado por semejantes trances y noches. Percibió con la luz del Señor ese vacío en su vida sacerdotal y se dio con ahínco a estudiar todo aquello que lo pudiera capacitar para la dirección de almas consagradas a Dios. Supo identificarse con los problemas, las dificultades y las alegrías de las almas religiosas. Lo prueban los innumerables pedidos para la predicación de retiros, los ruegos para que fuese a atender confesiones o consultas, y su correspondencia a la que se daba con cuidadosa delicadeza y seriedad. Estudió para sus religiosas, oró por ellas, ofreció sus sacrificios por ellas. Las atendió con delicadeza y constancia admirables. ¡Cuántas cantan su acción de gracias por

haberse encontrado con el P. Pedro en momentos de dificultad o incertidumbre! Y como siempre, el P. Pedro sintió una inclinación a ayudar a las más necesitadas. La doctrina que enseñaba a las hermanas era el amor, la sencillez, la santificación del momento presente, el pequeño servicio que se presta como a Jesús, vivir el lema: “Hay que saber florecer donde Dios nos ha sembrado”(lo había leído en uno de sus libros preferidos “Pepitas de oro”). Les presentaba con acentos de unción arrebatadora al Sagrado Corazón de Jesús, “mendigo de amor” que necesita de nuestros sacrificios para su obra de redención. Conducía hacia el Padre de bondad, de misericordia, en el que jamás se puede confiar demasiado -como dice santa Teresita-; orientaba el pensamiento hacia el Espíritu Santo que vive en el alma en gracia y se comunica a nosotros con un gran deseo de intimidad que no sospechamos. Y... ¡cómo exhortaba a contemplar a María Santísima, a acudir a ella en tormentas y bonanzas con filial confianza, seguros de ser escuchados por tan buena Madre... a mirarse en el espejo de la Madre de Jesús para vivir como ella su *fiat*, su disposición plena a ponerse en manos de Dios y cooperar con sus designios! En cuanto a los santos, los veía como hermanos con quienes el religioso debe mantener relaciones personales, a quienes ha de estudiar, contemplar, admirar y acudir en los momentos de necesidad en busca de lecciones y de apoyo, En este clima de confianza y generosidad, las religiosas, tonificadas, podían levantar vuelo hacia las cumbres.

Otro carisma que se le puede reconocer al P. Pedro es el de cuidar enfermos especiales. Cuando algún hermano enfermaba de “surmenage” infaliblemente era requerida la asistencia del P. Pedro y allá acudía el buen padre con su bondad, su paciencia, su finura de espíritu y su broma que ayudaba a reanimar el espíritu. Los hermanos que debían permanecer un tiempo lejos de la abadía para someterse a algún tratamiento prolongado pensaban en su compañía. Cuando el P. abad Salvador Laborde preguntó al P. Bernardo a qué padre o hermano desearía tener a su lado mientras los médicos lo retuvieran en Buenos Aires, contestó sin vacilar: “Al P. Pedro, porque más que un hermano es una madre”. Y cuando el mismo P. abad D. Salvador debió ser internado en Buenos Aires, pidió: “Si fuera posible, denme como compañero al P. Pedro”.

Precedido por esta estela de gracia, el P. Pedro vio acercarse el fin con toda lucidez y confianza, hermano y apóstol hasta el final. Debiendo someterse a una intervención quirúrgica pasados los ochenta años, y sabiendo que su corazón ya no tenía las fuerzas de antes y que eran mayores los riesgos que las esperanzas, se fue tranquilo al quirófano, con su sonrisa y su “Hasta luego o hasta el cielo”. Superada la prueba, pasó semanas en el hospital, edificando por su bondad y preocupándose por sus compañeros de enfermedad. “¿Por qué no atiende a ese buen hombre? ¡Háblele de Dios, del *buen* Dios! Es un tanto ignorante. El pobre ha vivido en los montes...”, decía a alguien que fue a visitarlo. Terminada la estadía pregunta a uno de los médicos: “Doctor, ¿y la cuenta?”. “¿La cuenta? ¿Al hospital? ¿Y la cuenta que el hospital le debe al P. Pedro por el bien que nos ha hecho aquí?”, fue la respuesta del médico.

Los últimos tiempos en la abadía fueron de paz. Pasaba todo el tiempo que podía frente al Santísimo Sacramento. Comentaba un cohermano: “ ¡Me presentaría más tranquilo ante el Señor, siendo él!”.

Hasta su inconsciente hablaba de Dios: “Hermano, ¿me podría ayudar a dar la bendición?”.

Siempre estaba agradecido a los cohermanos por el menor servicio que le prestaban. “¿Qué tal, P. Pedro?”, le pregunté en la última visita. “Bien. Todos son muy amables, empezando por el P. Abad. Los jóvenes son un encanto. Todos amables, unos más que otros, pero todos muy buenos”.

Él, que se había sacrificado tanto por los jóvenes, fue atendido por jóvenes candidatos a la vida monástica, con gran abnegación y cariño. Y no ocultó su alegría. Partía con esperanza en el futuro de la Abadía en el que apunta una generación nueva deseosa de una vida de caridad.

Su fin recordaba a aquel cuadro que representa al hijo en los brazos de su padre. El padre

acaricia al hijo y el hijo se duerme arrullado por el cariño del Padre. Así se durmió el Padre Pedro.

*Niño Dios*